

Eduardo de la Barra

en la Obra de Pedro Antonio González

por Ernesto MONTENEGRO



EDUARDO DE LA BARRA

mente. La autoridad eclesiástica siempre estuvo alerta al peligro de herejía de los practicantes religiosos que buscaron comunicación directa con Dios y prefirieron a menudo la soledad de una ermita a la vida claustral. No sería pues un contrasentido atribuir un origen común a esos dos impulsos que se manifestaron con persistente empeño en la obra de Pedro Antonio González, y que alternan en "El Proscrito" y "El Monje", al par que en su poesía íntima y en sus odas a Manuel Antonio Matta y a la Revolución Francesa.

También podemos hallar en su maestro De la Barra una contradicción aparente no menos fácil de explicar y resolver, porque el filólogo y el erudito de la poesía clásica europea que había en él se compaginan armoniosamente con el innovador de la prosodia y el ritmo poético, puesto que va a buscar en los mismos fundamentos del idioma castellano, en la fuente de donde arrancan Gonzalo de Berceo y el Archipreste, los gérmenes del endecasílabo dactílico, tal como traza sus huellas en la poesía de las demás lenguas romances —el italiano, el provenzal, el francés, el catalán y el gallego, y más atrás todavía, en el propio latín original.

ANTICIPÁNDOSE A RUBÉN DARIO

Como ya se hiciera notar, en los versos juveniles de González, cuatro años antes de la aparición de "Abrojos" y "Azul", ya aparecen brotes de poesía modernista, en que sería más justo reconocer la influencia inmediata de las enseñanzas del educador chileno, poeta él mismo, al que Darío llegaría a apreciar por su inventiva y su talento, y quien a su vez glorificaría a Darío y aun le rendiría el homenaje de la parodia en sus versos firmados Rubén Rubi.

Rubén Darío llegó a Chile entre 1887 y 88, y residió un tiempo en Valparaíso, donde trabó conocimiento con De la Barra, ya rector del Liceo local. La ingente preparación humanística de don Eduar-

do, la fuerza y firmeza de sus convicciones y la generosidad de su naturaleza debieron impresionar inmediatamente a Darío, entonces poco más que un adolescente y mucho menos aguerrido para las justas literarias. Debíó cimentar su amistad la común afición a los clásicos castellanos, al par que idéntico afán de exploradores en las fronteras de la lengua. Como broche capital estaba una idéntica aspiración a hacer valer la independencia intelectual del Nuevo Mundo.

De la Barra era un hombre de una pieza, tenaz en sus pasiones y audaz en la acometida polémica. En lo político, era ya conocido por su "Oda a Cuba", publicada unos veinte años antes (1866) como respuesta a la intentona monárquica de recobrar las colonias americanas, que culminaría en el bombardeo de



PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Valparaíso y el desastre de El Callao. En lo espiritual, De la Barra pensaba como Emerson que los pueblos de América debían afirmar su emancipación política con un esfuerzo consciente y sostenido de crear una literatura que llevara su propio acento, y así todos estos pueblos jóvenes podrían confundir sus voces en una armonía política que diera expresión propia a su sentir dentro del carácter general del genio español, y de las "lenguas celta-latinas" como él gustaba designar a la familia de idiomas salidos del tronco romano-galaico.

EL PADRINO DE LOS "RITMOS"

Nos ha parecido justo recordar en estos apuntes de homenaje al poeta Pedro Antonio González, en ocasión del centenario del nacimiento del autor de "Ritmos", al maestro chileno que trazó el rumbo que debía seguir la poesía moderna en nuestra América, y que hallaría a su más afortunada expresión en el lenguaje mágico y el tono a la vez profundo y familiar de Rubén Darío. El mérito de González estuvo en haberse adelantado a la obra de su afortunado émulo, si no con igual fortuna, por lo menos con igual pureza de intención y la misma abnegada devoción al ideal artístico. La suerte de todo innovador es necesariamente precaria, y otros han de recoger los frutos cuando ya estén en sazón. Por lo demás, hay en la vida de las letras un elemento moral que acaso valga tanto o más que la maestría de la expresión, y es la pureza del empeño que lleva a un poeta a buscar un acento propio para su canto. Este es el caso de Pedro Antonio González.

La crítica no merece el nombre de tal si no comienza por situarse en el punto de partida del innovador. Un poeta es también una especie de rompe-hielo que se lanza a abrir brecha con su pecho en la barrera de témpanos que cierra el paso a todo innovador. La tradición petrificada en hábito se opone con saña y con mofas a alterar el ritmo de una literatura, y esos bardos de avanzada gastan sus fuerzas y su vida misma en el duro empeño. Justo es rendir a González este homenaje, con desagravio, por años y años de hostilidad o indiferencia que le cerraron el camino, y nos parece igualmente equitativo reconocer en esta hora la personalidad ingratamente silenciada de un gran maestro y un gran talento inspirador que aportó su destello de luz a la obra de rejuvenecer la poesía chilena. Por eso hemos querido evocar la figura procer de don Eduardo de la Barra, junto al perfil doliente, pero altivo de Pedro Antonio González.

EL EDUCADOR chileno Eduardo de la Barra tuvo influencia directa en la producción lírica de Pedro Antonio González, tanto en el aspecto intelectual como en el técnico. En esa hora plástica de la juventud, susceptible a las influencias ya sea por la vía del razonamiento o del sentimiento, el poeta de los "Ritmos" se halló expuesto a dos vigorosas corrientes contrarias en la persona de su tío el sacerdote Armengol Valenzuela, y el influjo de la personalidad literaria del escritor y maestro del lenguaje don Eduardo de la Barra, profesor de literatura en el Instituto Nacional, de 1876 y 1886 y rector y profesor del Liceo de Valparaíso hasta 1891, una época que abarca de la adolescencia a la madura juventud de Pedro Antonio González.

Ese doble juego de sugerencias sobre el ánimo impresionable de un poeta explicaría en buena parte las dos corrientes encontradas que fluyen simultánea o alternadamente en la poesía de González, pues mientras el influjo preponderante del tío tonsurado, en alianza con su temperamento de solitario, le mantenía adicto a las efusiones místicas, la influencia secular y anticlerical del publicista le empujaba hacia la rebeldía y la protesta que estallan en sus odas a la libertad de conciencia, al ideal del progreso y de la ciencia. A primera vista, sus versos líricos de tono menor y sus homenajes a la castidad y la pureza encarnadas en algunas santas de su devoción, expresan un sentimiento más espontáneo y genuino que las tiradas desafiantes y hasta declamatorias de su poesía cívica y marcial; pero bien pudiera ser que ésta fuese más bien la expresión compensatoria de una conciencia que se esfuerza por liberarse de las restricciones impuestas por la tiranía avuncular.

Por otra parte, si bien se mira, el impulso místico es también rebelde a los cánones de la vida devota formal, según lo vemos en Pascal y en sus "Provinciales" particular-